

Microcuentos a deshoras

Ana Muñoz Cubero



Image not found.

Capítulo 1

El espejismo

Caminaba mientras la sed crecía. Sus pies, se fundían con el desierto de asfalto mientras que con sus labios intentaba libar el espejismo.

Adiós

Suena el bolero. Bailas sobre mi espalda y tras la ventana ves los barcos llegar al puerto pero el reloj ya marca el adiós.

Sin historia

Las letras escapaban como mariposas en primavera y en su estómago el cuerpo del personaje arañaba por ser historia.

Y llegó la nieve

La nieve llegó de repente. Como de costumbre de un día para el otro. Tengo frío, susurraste al oído. Entonces he de rescatar el astro que más calienta, pensé. Y el Sol se fue escapando, licuándose en el cuenco de mi mano.

Al despertar los párpados le pesaban y es que, durante la noche soñó a plomo con que rasgaba la densa venda de la justicia.

Fue tan humilde, tan prudente que no quiso firmar sus Obras Completas. En su lápida consta: aquí yace El Anónimo.

Sin miedo hizo de diana humana cada noche pero cuando a su fiel tirador de cuchillos le detectaron Parkinson, huyó sin tregua.

Su carrera fue meteórica de presidente de juventudes llegó a coronar la cúspide de su partido. Pero... hoy reside entre rejas.

El niño dejó de querer las caricias de la madre. Día a día oía sus mismas consignas pero de noche soñaba con las manos de Eva.

Los personajes instalados en su cabeza trituraban sin piedad sus pensamientos. Lavó su pelo pero eran huéspedes infinitos.

Obsesionado por el tiempo y su elasticidad logró zambullirse en el gran reloj de arena y en segundos una espiral se lo tragó.

¿Papá, puedo tener una estrella? Su padre lo miró con inusitada ternura.

Ya la tienes hijo, mamá actúa cada noche para ti.

Estaba de siesta en la tarde. Sonó el timbre, abrió y se dio de bruces con su cara. Era su yo que se había escapado del sueño.